

SIGNIFICACIÓN DEL TRIUNFO OBRERO Y EL PAPEL DE LA JUVENTUD MEXICANA ANTE EL PROBLEMA

Por Vicente Lombardo Toledano

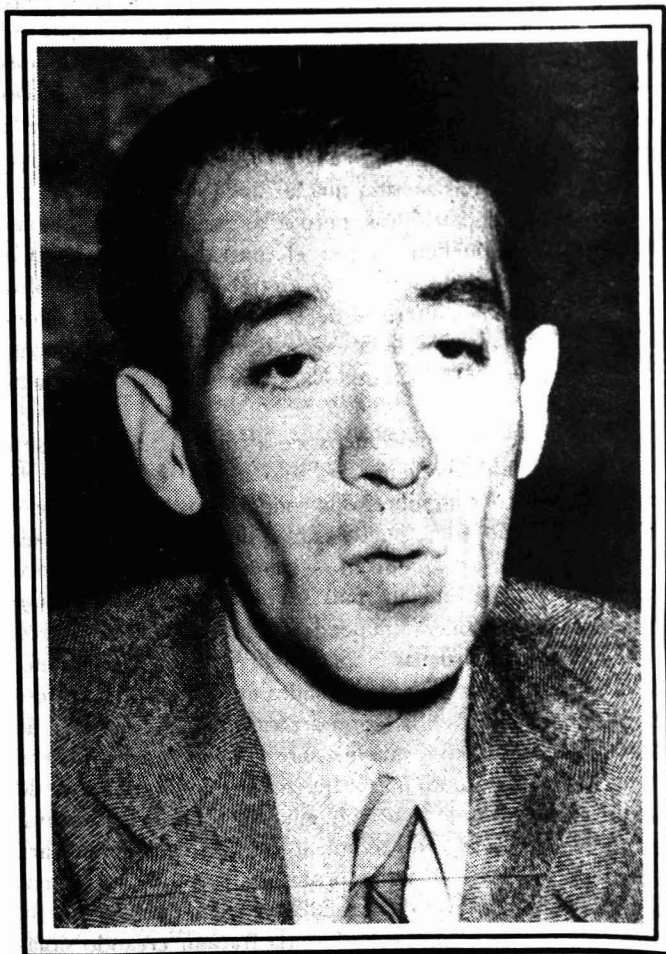
Cuando se miran, tratando de apreciarlos en su conjunto, todos los hechos, todas las instituciones, todos los servicios que constituyen la vida económica y social de un país: las calles asfaltadas de una ciudad, sus edificios de diversas formas y volúmenes, los anuncios luminosos de las calles, los teatros, los cinematógrafos, los automóviles, los tranvías, las estaciones de radio, los telégrafos, los teléfonos, los ferrocarriles, los transportes que comunican a las ciudades distantes muchas leguas entre sí, los tractores que hacen posible las cosechas en los campos, los barcos; y luego los vehículos de comunicación de las ideas: las imprentas, los periódicos, los libros, todo este conjunto que llamamos comúnmente el progreso humano, la pregunta, la interrogación que surge de un modo espontáneo es: ¿Cómo ha sido posible el progreso? ¿Cómo hemos llegado a este estado de desarrollo mediante el cual el hombre de esta época aparece tan distante del hombre de la época primera de la Historia? Y la respuesta a esta interrogación también surge de un modo espontáneo, y parece una respuesta obvia: el trabajo del hombre es el motor del Progreso; el trabajo, el esfuerzo humano, a diferencia del trabajo de los otros seres dotados de vida, tiene una característica: la inteligencia humana es un útil que crea otros útiles; el trabajo del hombre es un esfuerzo creador.

Desde que se descubrió el fuego en la edad remota del mundo, cuando el hombre aparece sobre la superficie de la Tierra, hasta esta época del avión que en unas cuantas horas atraviesa la región del Polo Norte y de la radiotelefonía, no ha habido solución de continuidad por lo que toca a los pasos sucesivos del progreso a través del tiempo. Es el esfuerzo del hombre aplicado a la naturaleza lo que ha permitido a la humanidad ir descubriendo las leyes en virtud de las cuales las cosas ocurren en el Universo, y también lo que ha conquistado para beneficio de la propia humanidad esta situación de progreso que hace la vida más fácil y más amable.

Es el trabajo, pues, el trabajo humano, el motor fundamental del progreso; pero no basta el trabajo. El trabajo solo del hombre no basta para crear la riqueza, se necesitan ciertos materiales, ciertas cosas sin las cuales la inteligencia y el trabajo físico del hombre resultarían inútiles, serían como fuerzas que actuaran en el vacío. Es menester, pues, para que el progreso se produzca, crear esta cantidad de instituciones, de he-

chos, de fenómenos y de servicios públicos que en conjunto se denominan la civilización. para que nosotros podamos hablar del progreso a través del tiempo. Y estos materiales son la substancia misma de nuestro suelo, los elementos físicos que la naturaleza ofrece al hombre para que éste, aplicando sus esfuerzos sobre ellos, pueda transformarlos en bienes que puedan consumirse, que puedan aplicarse de una manera eficaz a la satisfacción de sus necesidades fundamentales.

¿Cuáles son estos materiales? ¿Cuáles son las materias fundamentales para el progreso, para el avance de la Ciencia y de la Técnica, para hacer de todas las instituciones y los servicios públicos hechos realmente interesantes y al alcance de la humanidad de hoy? Si ustedes recuerdan sus conocimientos escolares e imaginan por un momento que tienen ante sus ojos el



Versión taquigráfica de la Conferencia sustentada por el C. Licenciado Vicente Lombardo Toledano, Secretario General de la Confederación de Trabajadores de México, en el Teatro del Palacio de las Bellas Artes el día 18 de Marzo de 1938, en la SEMANA DEL PETRÓLEO, organizada por la Secretaría de Educación Pública.

mapa del mundo, recordarán que no todos los pueblos tienen la misma potencialidad económica, es decir, que no todas las naciones de la Tierra tienen la misma importancia industrial y técnica. Dicho de otra manera: Ustedes recordarán que hay un conjunto de grandes pueblos, a los que llamamos vulgarmente más civilizados que otros, y a los que llamamos así solo porque en su territorio el progreso se opera de una manera evidente mientras que en otros países del propio Planeta el progreso no ha alcanzado ese rango realmente brillante y deslumbrador.

¿Cuáles son esos pueblos que llamamos avanzados, que llamamos civilizados o progresistas, de gran desarrollo industrial y técnico? No hay uno solo de ellos que esté en la región de los trópicos; no hay un gran país desarrollado y progresista desde el punto de vista técnico, que se halle abajo del Trópico de Capricornio; todas las grandes potencias están colocadas arriba del Trópico de Cáncer y abajo, por supuesto, de la región inhospitalaria y casi inhabitable del Ártico, del Polo Norte. Es dentro de esta faja, colocada arriba del Trópico de Cáncer, en donde se sitúan las grandes potencias industriales y los pueblos más desarrollados: los Estados Unidos de Norteamérica, Inglaterra, Francia, Alemania, Checoslovaquia y la Unión Soviética.

¿Por qué se congregan en esta región del mundo los pueblos más progresistas, más ricos, con mayor industria y por qué de ahí mismo surgen casi todos los inventos que transforman día a día las costumbres de los hombres y que imponen nuevas modalidades a la existencia común de la especie humana? Porque la civilización surgió justamente en esta propia región del mundo hace muchos siglos, y no apareció en otra faja del Planeta por las razones físico-geográficas, por causas económicas. Los primeros focos de la cultura humana, aparecieron en los valles de los ríos protegidos, en el río Nilo, la cultura egipcia; la cultura de Babilonia y la Caldea en el valle que formaron los ríos Tigris y Eufrates, en el valle del río Wang-Hoo en China, una de las más viejas culturas de la Historia; en la India también; en las márgenes de sus viejos ríos los núcleos de su civilización. Y a medida que la inteligencia humana aplicada a la naturaleza fue creando nuevos medios para transformar el suelo y dar a los hombres mayores comodidades materiales para vivir, la industria, que fue en un principio actividad protegida por la naturaleza en las márgenes de los ríos, se trasladó a los mares cerrados. Por esa causa en el Mediterráneo, que en esta faja del Planeta representa la cuenca oceánica más amplia y al mismo tiempo más protegida, la civilización se transplantó del río Nilo a todos los territorios circunvecinos que enmarcan el Mediterráneo.

Por eso, inmediatamente después de la cultura egipcia y de las culturas asirias y caldeas, aparece en la Historia el foco brillante de la cultura helénica, para después caminar hacia el Occidente, siempre dentro del Mediterráneo, y convertir a la Península Itálica en otro de los grandes emporios del progreso y de la cultura.

El Mediterráneo durante largos siglos fue eso: el asiento del progreso humano, por la causa geográfico-física ya indicada, y porque paralelamente a la influencia del medio geográfico sobre el hombre, la inteligencia humana iba haciendo de la industria, cada vez más, un artificio, un instrumento más perfeccionado, hasta llegar a los tiempos que llamamos nosotros modernos.

Después del Mediterráneo, dominado el Océano mediante la navegación confinada a bajeles y a navíos más sólidos y a

velas mejor cortadas para utilizar el viento como motor, fue posible la civilización de la parte Norte de Europa, y a las viejas ciudades de gran tradición industrial y cultural, como todas las ciudades italianas de la Edad Media, como Venecia, como Génova, sucedieron nuevas ciudades en el Norte de Europa, que ampliaron los horizontes de la humanidad progresista de entonces.

Pero llegó un momento en que la técnica, la industria, el desarrollo de la civilización, hicieron posible medios más eficaces para multiplicar el esfuerzo humano y para mover las máquinas rudimentarias. Cuando apareció el vapor como móvil de la industria, entonces la conquista del Océano no solamente fue fácil, sino en los pueblos europeos podían vaciarse inclusive en territorios desconocidos para ellos hasta entonces; se descubrió la América, se hizo el paso rápido para el Oriente, de una manera sencilla, y el mundo se integró, el Planeta no fue ya más un conjunto de tierras que emergen de las aguas, conocidas para un grupo breve de hombres, sino un gran territorio con enormes perspectivas para aquellos que habían logrado transformar poco a poco los métodos rudimentarios de existencia en grandes conjuntos de industrias y de técnicas aplicadas a la propia satisfacción de las necesidades de los pueblos.

Por esta causa los pueblos que llamamos nosotros de civilización occidental, de cultura mediterránea, los pueblos europeos, y después los pueblos ampliados, descubiertos y poblados por los europeos colocados en la zona más propicia de la Tierra para que el hombre pueda vivir y dominar a la naturaleza, como los Estados Unidos de Norteamérica, han sido los dominadores del mundo entero.

No sólo la industria, pues, fue posible por razones físico-geográficas, sino porque creada la fuerza en virtud de las industrias y de los medios propicios del clima por los pueblos de cultura mediterránea, estos dominaron las regiones inexploradas, habitadas por hombres más retrasados en su progreso material, y arrancaron de su territorio los elementos que las propias industrias europeas y americanas necesitaban para seguir creciendo poco a poco. Esta es la razón, esta es la causa de que haya sido posible un desnivel, una profunda desigualdad entre los hombres del mundo, y de que ustedes, al recordar el mapa de todas las naciones que constituyen el Planeta en que habitamos, tengan la impresión de que hay un grupo de países que parece privilegiado desde el punto de vista de su progreso, en tanto que el resto de la población del mundo está integrada por pueblos que marchan, al parecer, a la zaga de las grandes potencias.

Desde tiempos antiguos, cuando la civilización europea apenas comenzaba a entrar en la época de la industria moderna, les faltó a los propietarios y capitanes de los centros de producción los elementos indispensables para poder desarrollar sus propios negocios, y a la conquista de estas materias fundamentales para la industria se deben las guerras que durante la Edad Media, por ejemplo, se emprendieron con la apariencia de guerras santas para recuperar los cristianos el sepulcro de Jesucristo que permanecía en manos de personas que no creían en esa religión. Móviles fundamentalmente económicos. Y así como Las Cruzadas se explican por estos móviles fundamentales de integración de la industria europea, las exploraciones en el Continente Americano, el reparto del territorio de África, la conquista de Oceanía, y en los tiempos modernos la exploración y la invasión del territorio de China, son hechos también que no obedecen más que a causas de integra-

ción de la industria de las naciones más avanzadas y progresistas.

La inteligencia humana necesita, pues, materias primas, materias fundamentales para poderlas transformar en mercancías que van a satisfacer las necesidades de la vida común. Todo esto que mencioné al principio, este conjunto de cosas, de hechos, de fenómenos, de servicios públicos que constituyen lo que llamamos el progreso: la luz eléctrica, la fuerza que mueve las fábricas, las fábricas mismas como una unidad indivisible, el teléfono, los ferrocarriles, los automóviles, las imprentas, los libros, todos los vehículos de satisfacción de las necesidades fundamentales de la vida del conjunto se deben a la inteligencia del hombre aplicada a las materias primas que le proporciona el suelo mismo.

Y si ustedes revisan cuál es el valor substancial de todas las manifestaciones del progreso, lo mismo un libro que un par de zapatos, que un vestido, que el pan ya elaborado y listo para su consumo, comprenderán que sólo ha sido posible crear y producir este conjunto tan diverso de artículos y mercancías, porque la inteligencia humana ha podido crear máquinas que multiplican el esfuerzo físico del hombre, y que estas máquinas sólo pueden existir cuando en un pueblo la colectividad puede disponer fundamental y libremente, de las materias primas que hacen posible la industria y el progreso.

¿Cuáles son estas materias? Piensen en una fábrica moderna de pastas y galletas, por ejemplo. ¿Qué es lo fundamental en esta fábrica? La energía eléctrica que mueve las máquinas. Las máquinas, ¿de qué están hechas? De hierro y acero. ¿Sería posible ahí la producción de pastas alimenticias sin máquinas? Indudablemente no. ¿Sería posible la producción si la máquina fuera movida a mano? Seguramente no. Fuerza motriz y maquinaria son fundamentales para la producción de las pastas alimenticias. Piensen en una fábrica de calzado: ¿Qué es lo fundamental? La máquina que hace posible el trabajo en gran escala; la fuerza motriz también, que mueve las máquinas. Piensen en una fábrica de telas. El fenómeno es idéntico: máquinas y fuerza motriz. Piensen en una fábrica de libros, en una imprenta; el mismo caso: máquinas y fuerza motriz. Pero piensen después en que la máquina no sólo necesita fuerza motriz que puede ser fuerza eléctrica, que puede ser fuerza del petróleo o del carbón de piedra; piensen también que necesita lubricantes, aceite para poderse conservar en condiciones de eficacia, y luego piensen en las materias primas fundamentales de cada rama de la actividad industrial.

En el caso de la fábrica de galletas, la harina, la manteca, la grasa; en el caso de la fábrica de calzado, las pieles; en el caso de la fábrica de libros, el papel, etcétera. Luego hay indispensablemente, para la vida de la producción material, ciertas materias sin las cuales no sería posible el progreso, sin las cuales no sería posible la satisfacción de las necesidades del conjunto humano, de los pueblos. Estas materias por eso se llaman así: materias primeras, materias primas, materias fundamentales para sustentar la vida biológica y también mental del conjunto humano. Sin ellas, no importa que los hombres congregados en una región del Planeta sean los más inteligentes, los más brillantes, los mejores de la especie; no importa tampoco que un pueblo tenga materias primas de importancia, si los hombres que lo habitan no pueden vivir con la libertad necesaria para utilizar esas materias primas en provecho de la satisfacción de sus necesidades fundamentales. Luego se concluye de este análisis, de este examen panorámico y rápido de la estructura del mundo, del origen del progreso y del estadio contem-

poráneo de la evolución humana, que se requieren para la felicidad de un pueblo fundamentalmente dos cosas: materias primas para hacer posible la industria y la satisfacción de necesidades materiales y morales, y una educación de su pueblo que lo ponga en aptitud de utilizar las materias primas de la naturaleza para poder producir en escala de tal magnitud, que el pueblo pueda vivir una existencia digna de ser vivida (APLAUSOS).

Hasta hoy, desgraciadamente, no todos los pueblos están colocados en esta situación de grandes posibilidades para la existencia común; ya he recordado que por razones históricas sólo un conjunto de países en el mundo, los más avanzados en la industria, los que han habitado las regiones más propicias para el progreso humano son los beneficiarios del resto de las riquezas potenciales de la tierra; ellos son los pueblos primeros de Europa y el gran país industrial del Continente Americano, los que han necesitado, para poder crecer, no sólo para poder mantener su propio progreso tradicional, los que han requerido las materias primas de que carece su suelo para poder seguir transformando su economía y poder desarrollar todavía más su potencia política. Por esa causa los pueblos que no están colocados en esa situación de avance, como los de la América Latina, han tenido que desempeñar en la historia de la civilización, por desgracia, todavía el papel de simples predios sirvientes, el papel de pueblos que tienen que entregar sus riquezas, las de su suelo y las de su subsuelo, las de las entrañas de su territorio, a las grandes potencias industriales que no tienen las materias primeras para poder mantener su industria y para hacerla progresar todavía más. Por eso se habla de países coloniales, de países semicoloniales.

País colonial, país semicolonial, es aquel que no tiene una vida económica independiente de los otros países; que no dispone de sus riquezas físicas a provecho de su comunidad, de su pueblo; que no tiene industria propia, país, en suma, que depende de otro país o de otros países para poder vivir. En cambio, las grandes potencias industriales, aquellas que necesitan de la materia prima ajena para sus propios negocios, aquellos que tienen su industria doméstica y que al mismo tiempo suministran productos de esa industria para los pueblos poco desarrollados, no son países coloniales, no son países dependientes sino que, por el contrario, son países de los cuales dependen otros. Esta es la tragedia inevitable de la Historia.

Sin embargo, si ustedes, jóvenes estudiantes, del mismo modo que recordaron hace unos minutos a invitación mía la carta geográfico-económica del mundo, recuerdan ahora la carta geográfico-política de la Tierra, verán cómo se dice en ese documento, que es una mentira convencional, que hay cerca de setenta y tantos países autónomos y libres en el Planeta que habitamos, y se hace la lista: en América hay veinte países latinoamericanos independientes y libres y un país independiente y libre de origen anglo-sajón; en Europa hay otras tantas naciones independientes; en África había hasta hace poco tiempo una sola, y en el Oriente hay tantos más cuantos. Sin embargo, la realidad es otra: no basta ser independiente desde el punto de vista político para poderlo ser realmente desde el punto de vista vital; los países que no tienen una industria propia para poder satisfacer las necesidades fundamentales de sus pueblos, no son países independientes de verdad, son países que dependen de aquellos que les proporcionan los productos de sus industrias y de aquellos países que les compran las materias primas para que pueda la industria ajena, la industria del exterior, seguir creciendo.

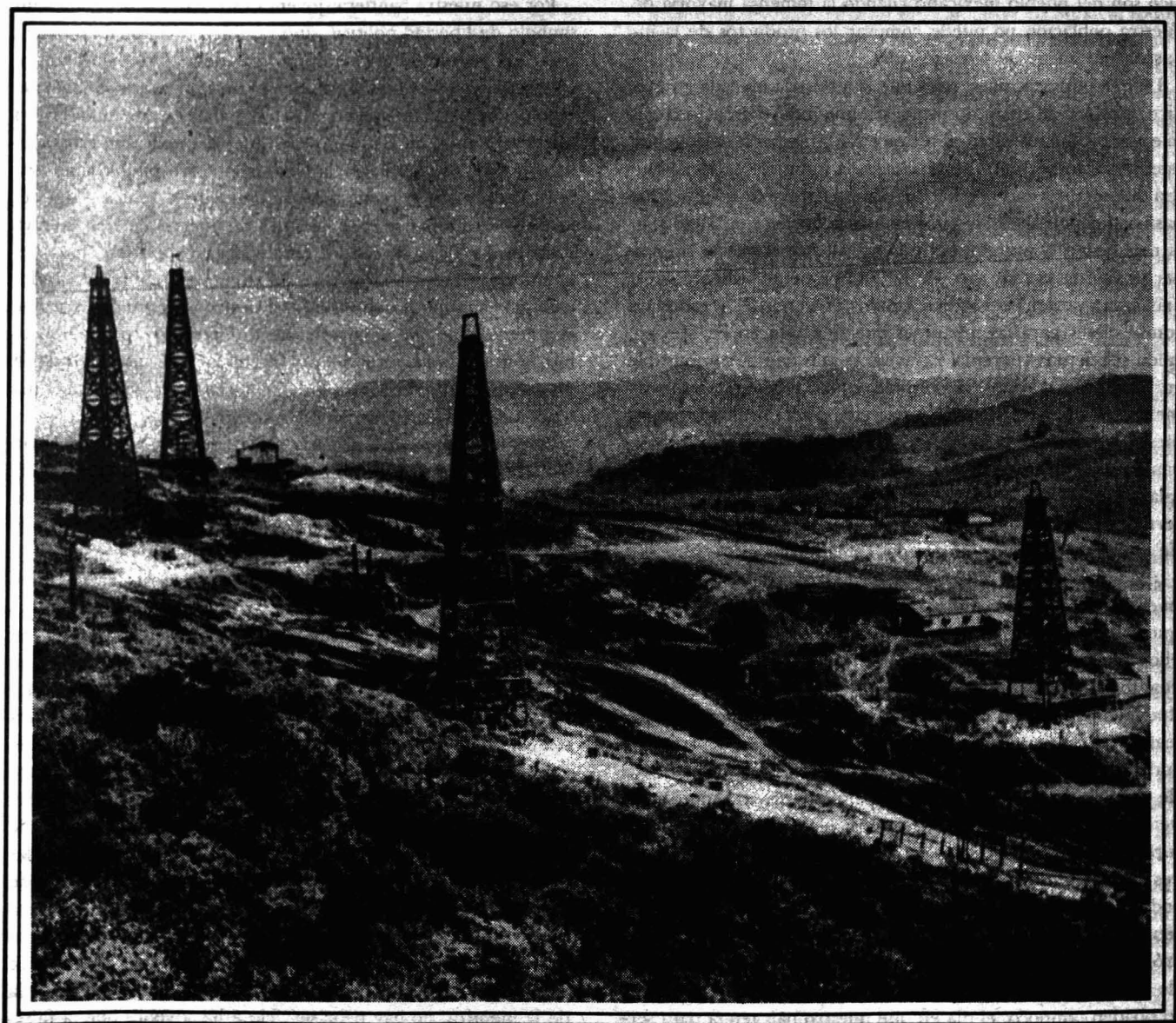
Es el caso de México: somos un país semicolonial por desgracia; país del Trópico, descubierto en el siglo XVI, conquistado en ese siglo por España, como toda la América casi; sin tradición industrial entre nuestras razas autóctonas, rico en materias primas, y que conquistó una independencia política teórica en 1821, todavía no ha podido, por desventura, conquistar una autonomía verdadera, una autonomía económica.

¿Qué es lo que nos pertenece en México? ¿Cuáles son las fuerzas fundamentales para la industria? La fuerza motriz, el hierro, el acero, las materias primas de cada rama de la producción. Recordemos en manos de quiénes están: La electricidad en México está en manos de dos grandes trusts, dos grandes monopolios extranjeros: La Electrical Bond and Share que es el monopolio que controla todas las industrias eléctricas de la República Mexicana, menos el Distrito Federal, de origen norteamericano, y el monopolio inglés que se denomina "Compañía Mexicana (?) de Luz y Fuerza Motriz", que controla la energía eléctrica en el Distrito Federal y en algunas regiones circunvecinas. No pertenece a México la energía eléctrica. ¿El hierro y el acero? No pertenecen tampoco a nuestro pueblo, pertenecen a compañías extranjeras. ¿El carbón de piedra? La única zona carbonífera de México, enclavada en

el Estado de Coahuila, no pertenece al pueblo mexicano. El petróleo, fuerza motriz fundamental, elemento indispensable para que las máquinas puedan moverse y funcionar de un modo eficaz, pertenece a dos grandes monopolios, uno norteamericano: La Standard Oil Company, y un monopolio inglés: la Royal Dutch Shell Company.

Si no tenemos, pues, para la nación mexicana los elementos fundamentales de la industria nacional, si no nos pertenecen la electricidad, el petróleo, el hierro, el acero, el carbón de piedra, cómo es posible que nosotros pensemos que lo que se produce con estas materias primas: el calzado, la ropa, el pan, la alimentación, las casas en las que nos alojamos, todo lo que hace posible la vida, cómo es posible que el producto de estas industrias fundamentales pertenezca al pueblo mexicano si el pueblo mexicano no es dueño de los elementos fundamentales de su vida material?

En consecuencia, la verdadera lucha de México, la verdadera lucha histórica de nuestro país consiste en lograr que las materias primas que han hecho posible la industria de otros países, la industria en los Estados Unidos, en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Checoslovaquia, en otros pueblos, pertenezca al nuestro. Sólo así, cuando el pueblo mexicano sea dueño de lo que guarda su entraña física, de lo



que produce su tierra, cuando todo pertenezca a los mexicanos, podremos pensar un día en que será posible que nuestras fábricas, que nuestros transportes, que nuestras comunicaciones, que nuestros servicios públicos estén al alcance del pueblo mexicano. (APLAUSOS).

Porque el problema de la nacionalidad, porque el problema de la caracterización política de la industria, no depende de una razón territorial; es decir, no toda industria establecida en el territorio mexicano es una industria mexicana, del mismo modo que no toda industria establecida en el territorio argentino es una industria argentina; de la misma suerte que no todas las industrias establecidas en Cuba son cubanas. ¿Cuál es una industria nacional? ¿A cuáles puede llamarse industrias que pertenezcan a un pueblo? Solamente a aquellas que están hechas para servir al pueblo, a la comunidad. No es doloroso, jóvenes, para ustedes que habitan la ciudad de México y que seguramente no nacieron aquí todos, ustedes mismos, y también los que nacieron en México y han viajado alguna vez fuera de la capital, ¿no es doloroso ver que la energía eléctrica, que los automóviles, que los transportes y el telégrafo y el radio, y las imprentas, y los libros, y el pan, y las telas de lana, y el calzado, y los sombreros, por mucho que se produzcan en el territorio de México no son sino para una minoría de la población mexicana? ¿Puede decirse que las industrias de México son del pueblo mexicano cuando la inmensa mayoría de nuestra población no puede comprar los productos de la industria que surge de nuestro país?

Lo que importa, pues, para que la industria ubicada en México, establecida entre nosotros, sea una industria nacional, es que sus productos estén al alcance de la mayoría del pueblo; mientras este hecho no se produzca, la industria nacional tendrá que seguir siendo de hecho una industria extranjera. ¿Qué pasa con el petróleo? La gasolina que se produce en México es la más mala del mundo, la de peor calidad; el precio sin embargo aquí es el más caro de la Tierra: ciento ochenta veces más cara que en los Estados Unidos. Y el aceite, y todos los combustibles para las máquinas que se producen en México, valen seiscientos cuarenta y dos veces más que el combustible en los Estados Unidos. ¿Es posible llamar a esto una industria mexicana, una industria nacional, cuando las utilidades enormes que se sacan de México explotando los pozos petroleros se van al extranjero y nada queda para nosotros, como no sea salarios exigüos que no bastan para compensar siquiera las enfermedades tropicales de los camaradas que viven en la costa de los Estados de Veracruz y de Tamaulipas?

¿Podemos llamar a la industria petrolera establecida en nuestro territorio una industria mexicana, cuando no deja más que salarios de hambre, miles de obreros y de familiares de ellos enfermos, víctimas de la enfermedades tropicales, y unos cuantos pesos de contribuciones para el Gobierno Federal? Indudablemente no es ésta una industria nacional. Estamos peleando en este momento histórico no sólo por un contrato de trabajo para los obreros petroleros, no sólo por un aumento de condiciones materiales de vida para este grupo reducido de veinticinco mil trabajadores; estamos peleando, claro está, mejores condiciones de vida para nuestros camaradas trabajadores de la industria petrolera, pero estamos peleando, sobre todo, jóvenes, no olvidarlo, estamos peleando porque el petróleo sirva al pueblo de México (APLAUSOS) porque el petróleo en manos de la Nación pueda servir para poner la base de una industria mexicana. El día en que México, jóvenes, no lo olviden tampoco, el día en que nuestro país tenga para ser-

vicio de los mexicanos, de la vida nacional, petróleo, carbón, electricidad y hierro, podremos ser un país de primer orden en el mundo. (APLAUSOS). Pero mientras eso no ocurra, entre tanto esto no acontezca, seguiremos siendo un país colonial, un país semicolonial cuya vida material debe depender de las materias primas que nos compran los países industriales, y del producto de aquellas industrias extranjeras que compramos nosotros.

El cura Hidalgo peleó por la independencia de México; once años de guerra civil, once años de sacrificios de nuestro pueblo; al fin, después de muchos obstáculos, después de una tragedia que conmovió hasta la última entraña del más indiferente de los mexicanos, ¿podemos llamarnos una Nación independiente? Desde entonces, hace ya más de un siglo, tenemos esa bandera tricolor como símbolo de la Patria Mexicana (APLAUSOS); pero, jóvenes, ¿esa bandera de México representa ya realmente un país que tenga los medios bastantes para alimentar, para poder lograr y para poder educar a su pueblo? Por desgracia no; la bandera nacional, más que la realización de una obra progresista, significa para los mexicanos de esta generación, para los mexicanos que vivimos hoy, una promesa de un México independiente de verdad, y un compromiso serio para luchar por esa independencia verdadera de México (APLAUSOS).

Por eso nuestra bandera, jóvenes estudiantes, no sólo es un símbolo de libertad política, sino también una eterna protesta contra el imperialismo extranjero que tiene a México siempre amenazado (APLAUSOS); nuestra bandera es un símbolo de revolución permanente en México; mientras no queden en nuestras manos, en las manos del pueblo mexicano, estos elementos básicos para hacer la vida de nuestro pueblo una vida feliz, nadie tiene derecho a considerar que la Historia de México debe terminarse en el sentido de que no es menester ya transformar el país; sólo los satisfechos, un número muy pequeño de gentes mexicanas, y un número todavía más reducido de extranjeros que viven en nuestro país pueden sentirse contentos de lo que México ha hecho hasta hoy; pero en cambio, la inmensa mayoría del pueblo mexicano, los que todavía no saben leer ni escribir, los que todavía no visten de una manera adecuada para defender su salud, los que todavía no se alojan en casas de un modo civilizado, los que todavía no tienen recursos para prolongar su existencia mediante los servicios médicos, o para curar sus enfermedades, la mayoría inmensa de nuestro pueblo compuesto de familias misérrimas y pobres que cuando sus jefes dejan de tener empleo viven en una verdadera tragedia pavorosa, no pueden declararse satisfechos (APLAUSOS).

Por esa causa tenemos que vivir siempre en inquietud, en constante anhelo, en constante deseo de transformar a México, no en un país teóricamente libre, sino en un país verdaderamente libre (APLAUSOS). Pero esta tarea de hacer la libertad completa de México compete, ante todo, a la juventud de nuestro país; los hombres de la generación de hoy, los que nos educamos todavía bajo los prejuicios de las ideas del pasado y de las normas éticas de otras épocas, bien pronto hemos de dejar el sitio de las responsabilidades colectivas a ustedes, las mujeres y los jóvenes que están educándose en las Escuelas de México. Ustedes son, ustedes serán bien pronto los responsables de la vida política, social y moral de México. Por eso es interesante decir estas verdades, desnudas, crueles si se quiere pero exactas. Jóvenes de México: no hay peor lección que la de la mentira; no hay peor servicio a los jóvenes que la false-

dad. Los Maestros de la juventud, los que en alguna forma hemos ocupado la cátedra en cualquier establecimiento de enseñanza en México, tenemos el deber, si queremos hacer honor a nuestra Patria, de decir siempre la verdad, y ustedes no sólo tienen esa responsabilidad, sino que tienen también otra: la de cerrar los oídos a la mentira y la de abrir su espíritu a la verdad plena.

¡Cuántos de nuestros familiares no son enemigos de la Revolución Mexicana! ¡Qué lucha no tenemos que librar en nuestro hogar muchos mexicanos con nuestros parientes, con nuestros amigos, para defender, cuando no tenemos razones para ello claras en nuestro entendimiento, cuando menos para defender las razones que nuestro instinto nos otorga! Pelea cotidiana; los prejuicios de nuestros padres y de nuestros abuelos, que se guían por lo que dicen y publican los periódicos que defienden a la Standard Oil Company, a la Royal Dutch Company, a la Mexican Telegraph and Telephone Company, a la Bond and Share Company, a todas las empresas extranjeras de México. ¡Pobres de nuestros padres y de nuestros abuelos tan engañados! Inocentes ellos que creen defender a la Patria cuando denigran a los obreros mexicanos, cuando repudian al Gobierno que preside el General Cárdenas, sin saber los pobrecitos que están defendiendo a puras compañías extranjeras y no al pueblo de México! (APLAUSOS).

Respetemos a nuestros padres, querámoslos; respetemos a nuestros abuelos, respetemos a nuestros parientes que pertenecen a la Historia de México. Pero, jóvenes, amemos nuestro país, más que por lo que ha sido, por lo que puede ser mañana, y amémoslo por lo que nosotros podemos hacer de él. Porque cuando se cree que las tareas políticas, las tareas de orientación, las tareas de construcción de una vida común mejor que la de hoy, son tareas que no competen a las "gentes decentes", se está cometiendo, sin saberlo, una traición a la Patria, y se está cometiendo también un grave error de cálculo; todavía yo mismo me encontré con que muchos de mis maestros de la Escuela Preparatoria -Secundaria no había entonces-, de lo que hoy se llama Secundaria, tenían esta filosofía que nos transmitían en sus discursos, una filosofía moral: primero el individuo, después la familia, en tercer lugar la Patria y por último la humanidad. Esa era la filosofía moral de nuestros maestros. Pero la vida nos ha demostrado que el que piensa así fracasa como individuo; muchos de ustedes pensarán, o habrán pensado en que van a ser médicos, abogados, ingenieros, químicos, y ya en sus cabezas de jóvenes habrán construido muchos castillos en el aire; cuando sea médico, cuando sea químico, cuando sea abogado, cuando sea ingeniero, voy a vivir en una casa así o asado, voy a comprarme mi automóvil, voy a viajar, voy a ser feliz, ilusiones juveniles; falsas ilusiones. Mientras el mundo esté organizado como está, y mientras en México las fuentes de la industria pertenezcan a extranjeros, ustedes no podrán realizar sus sueños dorados: serán abogados sin clientela, médicos sin clientela, químicos sin clientela, parteros sin clientela, ingenieros sin clientela. ¿Por qué? ¡Si, niñas y niños, jóvenes camaradas que apenas están naciendo a la vida: ustedes serán fracasados, profesionales fracasados; irán a aumentar el ejército de los individuos ilustrados que no tienen con qué vivir! Mendicantes de recomendaciones para empleos en el Gobierno; "Mendigos de cuello blanco", como se dice en los Estados Unidos. Muy cultos, muy ilustrados, pero sin pan, y toda la ilusión de sus corazones de hoy se marchitará en un solo día cuando salgan a la calle con el título profesional sin saber qué hacer, como aquel hombre

que quería aprender a nadar tirándose desde un barco en pleno océano.

Esta impresión de asfixia, de dolor y de miedo, se apodera del que no tiene una orientación clara de la existencia; nosotros los hombres de mi generación sufrimos también el castigo -así le llamo yo- de una utopía, de una falsa ilusión respecto de que el título daría privilegios en la vida; por fortuna hemos acabado con la ilusión de nuestros pobres maestros, pero hemos adquirido de la vida convulsa y dramática de México un nuevo director: la inspiración de la justicia y el afán vehemente de luchar por la independencia económica y política de México; ella es nuestro Maestro. (APLAUSOS).

Si ustedes luchan desde hoy, desde jóvenes, por la independencia económica de nuestro país, cuando tengamos una industria floreciente, cuando tengamos la posibilidad de producir miles de tractores y de arados de acero para que rompan la tierra de México y reemplacen a los arados de madera de hace siglos, cuando tengamos la posibilidad de acabar con las barracas y las guaridas insolentes en las que habitan la mayoría de nuestros campesinos y obreros, y construyamos palacios no ofensivos por su lujo, pero sí agradables e higiénicos por su eficacia, por sus condiciones, y cuando podamos abrir todas las escuelas en la seguridad de que todos los estudiantes en edad de hacerlo podrán ir a terminar sus estudios, entonces, jóvenes, faltarán médicos, faltarán profesionistas en México; todos tendrán demasiados clientes porque el pueblo les podrá pagar, el pueblo que coma, que viva, que ame la existencia y que esté orgulloso de su país. Pero ¿cómo ejercer la profesión en un país en que no hay con qué pagar a los profesionistas, en un pueblo pobre a causa de que los bienes y los productos de la industria no le pertenecen? Por egoísmo, si ustedes lo quieren, ya no por un sentimiento patriótico, por egoísmo vil, ustedes deben luchar por la independencia económica de México. ¡No tendrán clientes hasta que el pueblo de México no pueda pagarlos! Pero nuestro deber es un deber de hombres de esta época. Miserable aquel que piensa en función de sí mismo; la ecuación de nuestros maestros, equivocados a causa de ser generosos y ciegos es al revés: primero la humanidad, después la Patria, después la familia y después el individuo. ¿Por qué? Porque a medida que la humanidad viva mejor, las patrias que la integran vivirán mejor, las familias que forman las patrias vivirán mejor, y el individuo que forma la familia vivirá mejor. El que piense que trabajando para los demás no trabaja para sí propio, es un miope, un torpe observador de la vida.

Jóvenes de México: yo quisiera que estas palabras mías, que revelan la experiencia de estudiante, de profesor y de conductor de la fuerza fundamental del pueblo que es la masa obrera, les sirvieran a ustedes para hacerles amar más la Enseña Nacional y para hacerles sentir en sus inteligencias y en sus corazones una responsabilidad sincera por la independencia de México. (APLAUSOS).

Yo los invito para el próximo miércoles 23, la semana que viene, a la gran Manifestación Nacional que ha organizado la Confederación de Trabajadores de México; es preciso que no sólo los obreros manuales, que no sólo los obreros intelectuales, que no sólo los adultos, sino los jóvenes se confundan con los que hoy producen bienes materiales o espirituales, para que el extranjero vea que el renuevo de la Patria, la juventud que está cuajando y desarrollándose en nuestras aulas, se identifica con los luchadores de hoy, que es una promesa de independencia verdadera y próxima de México. (APLAUSOS). ¡Viva México! (APLAUSOS). ◇

